

# **La Partida de la nao Victoria**

Juan de Morales levantó el brazo y agitó la mano en un último gesto de despedida. Se encontraba apoyado en la regala de la tolda de la nao Trinidad junto a su buen amigo el barbero Marcos y en compañía del capitán, el maestre y el piloto jerezano Ginés de Mafra, quienes quizá tuvieran como él los ojos empañados y la congoja en la garganta mientras veían a la nao Victoria desplegar todo el velamen, con las banderas, pendones y gallardetes al viento, la enseña real con la roja Cruz de Borgoña ondeando en el extremo del palo mayor, dar un brinco sobre las aguas de la bahía de Tidore y alejarse ligera hacia mar abierto. La acompañaban una multitud de embarcaciones, balangáis y calaluces, abarrotados de nativos y alguno de los nuestros, entre gritos, sonar de pífanos y timbales y el tronar de las salvas de pólvora de falconetes y bombardas disparadas por los lombarderos. Podía sentir la mirada de los compañeros asomados a la borda, o encaramados a los flechastes, que se despedían a su vez de nosotros. La mirada fija de los que se van, la mirada de los que se quedan y que no se pueden apartar hasta que los rostros se desvanecen.

El sevillano Juan de Morales era el cirujano mayor y único de la Armada que un lejano día, más de dos años atrás, partiera del puerto de las Muelas en Sevilla en busca de las Islas de la Especiería. Un mes antes, a primeros de noviembre del año mil quinientos veintiuno, tras haber padecido grandes penalidades, hambre y sed, fríos y ardores extremos, motines, emboscadas, traiciones y calamidades sin cuento en tres océanos distintos, dejando atrás a muchos compañeros, en tan solo dos negras naves de las cinco que comenzaron el viaje y ciento cinco hombres de los doscientos cuarenta y tres que partieran, habían llegado al fin a las deseadas tierras del Maluco, a Tidore, una de las Islas de los Aromas.

Las de la Especiería son cinco islas orientadas de norte a sur a ambos lados de la misma línea del ecuador. Ternate, Tidore, Mare, Motil y Makián son cinco grandes volcanes que se elevan abruptamente sobre la superficie del mar, como la isla de Tenerife en las Canarias, rodeadas por arrecifes coralinos y despejadas playas de arena blanca. Ciñen sus cumbres volcánicas una corona de nubes que sombrean la exuberante vegetación. En ellas, y solo en ellas, crece y se recoge el clavo de giroflé, no hay otro lugar en el mundo donde se pueda criar, pues únicamente esta tierra es propicia para su cultivo, por lo que desde tiempos inmemoriales han sido visitadas por distintas gentes en busca de la preciada especia.

El día ocho de noviembre de 1521 las naos Trinidad y Victoria surgieron y echaron anclas en la espaciosa bahía de la isla de Tidore. El pueblo de Tidore se extiende entre palmas por una meseta elevada sobre la bahía; en su abrigado puerto se desplazan cientos de praos, balangáis y todo tipo de naves. A su llegada fueron muy bien recibidos por las gentes de aquella isla que los trataron con mucha amabilidad y deferencia. Los indios de aquéllas islas eran semejantes a los que habían encontrado a lo largo de aquél piélago, viven en casas de madera de palma cubiertas de esteras, alzadas sobre recios postes y rodeadas por una valla de juncos. Llevan el pecho al desnudo, tanto hombres como mujeres, únicamente vestidos con sayas de resplandeciente blanco de la cintura a los pies; los más principales de ellos van calzados con chinelas doradas y cubiertos con turbantes adornados con hermosas plumas rojas, verdes y amarillas. No eran los primeros extranjeros en arribar a sus tierras. A la cercana isla de Ternate habían llegado unos años antes los lusitanos a bordo de barcos semejantes, pero que no les sorprendieron entonces, pues por su astrología les había sido anunciada la venida de hombres de piel pálida gentes y grandes barbas procedentes de lejanas tierras, más allá de los mares conocidos, en busca de las especias que allí se criaban.

Los capitanes Gonzalo Gómez de Espinosa y Juan Sebastián del Cano concertaron paces en nombre del rey Carlos, con el sultán Almanzor, del que obtuvieron permiso para rescatar el oloroso clavo a cambio de cristalinos, espejos, azogue, tijeras, hachas y otras herramientas de hierro que tienen en gran aprecio. A diario se acercaban a las naos numerosas embarcaciones para comerciar con todo tipo de alimentos que allí naturalmente se dan, arroz, miel, caña de azúcar, cocos, plátanos, naranjas, limones y otras frutas no conocidas hasta entonces acompañaban a cabras y gallinas de las que tienen en abundancia. El pan de sagú es el sustento habitual de todas estas islas, junto al arroz y los cocos, y lo obtienen de un tipo de palmera de la siguiente manera: descortezan la madera y golpean la médula con mazos hasta que la convierten en una pulpa menuda, la recogen, la bañan en agua y la tamizan en artesas. Lo convierten de esta manera en un polvo fino que amasan y cuecen en panes, muy sabrosos de comer. Lo que no comen recién cocido lo dejan secar al sol para que se conserve por largo tiempo, a semejanza de nuestro bizcocho; de igual manera para comerlo lo ablandan empapándolo en agua o vino de palma.

Nos dieron a entender que viven en la isla tanto moros como gentiles sin que surjan graves pendencias entre ellos, pues son gente de paz, tolerante en sus usos y religiones. Se casan con cuantas mujeres quieren y pueden mantener. Adoran los gentiles al sol y lo saludan cada amanecer, a la luna cuando es mayor su claridad y resplandor y a las estrellas, que consideran pequeños dioses parientes del sol y la luna. Creen que no hay más de nacer y morir y que si el hombre no era nada antes de ser engendrado, así se vuelve en nada después de la muerte. La religión musulmana había llegado solo unos pocos años antes de la mano de comerciantes agarenos que dominaban el comercio de especias desde aquellas islas hasta Alejandría y Estambul. El islam de los musulmanes se extiende desde las orillas del Mediterráneo, donde asienta el poderoso imperio turco,

por desiertos, estepas, fértiles valles y gigantescas montañas, hasta las numerosas islas del mar de la India, donde nos encontrábamos, o mejor dicho, lo dominaban hasta la conquista de Malaka por los lusitanos. Muchos rajás habían decidido hacerse musulmanes y convertirse en sultanes, lo que les reportaba algunas ventajas pero también graves inconvenientes, como el tener que renunciar a comer cerdo, un animal hecho a imagen y semejanza de los deseos de las gentes de aquellas tierras, y cuya posesión se consideraba seguro de sustentamiento y reseña de riqueza. Desde entonces los enfrentamientos entre gentiles y musulmanes eran continuos, a pesar de lo que querían darnos a entender, pero aquellos, más débiles, iban siendo empujados a refugiarse en las espesas selvas del interior de la isla.

Mientras se daban los intercambios los hombres de la armada no estuvieron desocupados, procedieron a reparar las maltratadas naves, quemando con chumiza y raspando el casco de los restos de alquitrán y la costra de lapas y algas que llevaba adheridas como barbas. Carpinteros y calafates se aprestaron a rellenar con estopa las juntas, sustituir las cuadernas cribadas y agujereadas por el gusano de la broma y colocar planchas de plomo por el interior para reforzar los costados más débiles. Con todo, el trabajo más duro fue el darle a la bomba para sacar las pestilentes aguas de la hedionda sentina. Una vez alijada la nao volvieron a cargarla, asentando los serones de zahorra que servían de lastre, con los barriles y pipas limpias con sus cercos renovados y el resto de la carga arrumada. Repasaron la cabuyería, trenzaron cuerdas y cosieron nuevas velas de resistente lona. En las mayores dibujaron la cruz de Santiago con la leyenda de su esperanza: *Esta es la señal de nuestra Buena Ventura*. Finalmente las embadurnaron con negro betún pues brea no había.

Padecieron el ansia de la avaricia pues ya se veían ricos y satisfechos con las ganancias soñadas. Hubo quien vendió su propia camisa, y hasta los zapatos quien

todavía los conservaba, para cargar más clavo en sus cajas. A pesar de la prohibición tajante de los capitanes de mantener relaciones con las isleñas, no fue posible evitarlas, durante los intercambios se concertaban discretos y encubiertos encuentros. Afortunadamente no hubo incidentes graves. Los isleños eran extremadamente celosos de sus esposas, pero más despreocupados de hermanas e hijas, a quienes consentían conocer más estrechamente a los feos extranjeros de piel pálida y grandes barbas.

Llegó el momento de partir. Todo estaba dispuesto. Se encontraban, según criterio de los pilotos, justo al otro lado del mundo. No les resultaba fácil entender que pudieran regresar siguiendo el camino del sol que les habría de servir de guía y señal, sin volver atrás. Una cosa era saber que la tierra era redonda y otra entenderlo con todas sus consecuencias, pero por aquél camino habían llegado hasta allí los portugueses desde Malaka y la India. Dejaron en tierra una cabaña con las mercancías que ya no les iban a hacer falta junto a alguna artillería, armas y pólvora, y a cinco hombres que libremente habían decidido quedarse en la isla para hacerse cargo del almacén, a la espera de la próxima recolección de clavo para futuras expediciones. Se despidieron con mucho sentimiento de ellos, del sultán Almanzor y de los isleños.

Izados los pendones y gallardetes, desplegadas las velas y aferradas las áncoras, a la voz de los capitanes se dispararon salvas y partieron tomando el viento largo. No pudo hacerlo la Trinidad, anegada a última hora por una vía de agua que se había puesto de manifiesto con las maniobras de la partida. Regresaron a puerto y durante las horas siguientes intentaron los carpinteros encontrar la vía sin que fuera posible localizarla. Varios de los isleños se sumergieron pero tampoco consiguieron encontrar la avería. Dos días pasaron dando a las bombas achicando agua hasta que al fin se dio con la fuga, una vía de agua como el brazo de un hombre mediano que entraba por la quilla junto a la roda.

No era posible repararla sin echar la nao a tierra, se celebró asamblea en la que se acordó el parecer de que partiera sola la Victoria, ahora que era tiempo de aprovechar los monzones de levante. La Trinidad, una vez reparada, intentaría el tornaviaje por donde habían venido, cruzando de nuevo el mar Pacífico siguiendo la línea del ecuador hasta Castilla del Oro, en el Nuevo Mundo, y de allí regresar por las rutas conocidas. Algunos eligieron en el último momento permanecer al amparo de la relativa seguridad que ofrecía la nao Trinidad, por su mayor tamaño y solidez, frente a la en apariencia más frágil Victoria, que sin embargo había demostrado sus cualidades marineras. Al amanecer del día siguiente, quince de diciembre de 1521, se despidieron los que iban a partir en la Victoria de los que quedaban en tierra. Las despedidas trascendían a las afinidades de nación, lengua o profesión, pues se habían forjado indisolubles y entrañables lazos de profunda amistad imperecedera.

Partió la nao Victoria con cuarenta y siete castellanos y trece moros de los capturados en la isla de Borneo. Eran los castellanos gentes de varias naciones, como los que quedaron en la Trinidad, la mayoría jóvenes grumetes y marineros y unos pocos oficiales, todos gente de mar. Bajo el mando del capitán Juan Sebastián gobernaban la nave el maestre Miguel de Rodas y el piloto Francisco Albo los dos griegos, junto al contra maestre vizcaíno Juan de Acurio. Como tesorero iba embarcado el escribano Martín Méndez a quien entregó el cirujano sendas cartas para su mujer y su suegro dándoles noticia de su estado, de que seguía vivo y sano y a la espera de poder regresar.

Tras la partida Juan de Morales se mantuvo en la amura hasta que la nao Victoria desapareció y la cruz de San Andrés se ocultó bajo la línea del horizonte. Le embargaba la nostalgia de su tierra y de su mujer Magdalena. A los catorce años Morales se había concertado con el cirujano romancista Luis de Sagredo mediante contrato de asiento y tras cinco años de práctica se había presentado a la prueba de *Tentativa* y obtenido

licencia para trabajar. Casó también por entonces con Magdalena, la hermosa hija de su mentor y maestro, pero no es mucho lo que un cirujano modesto podía sacar de provecho y es por ello que al oír hablar de la expedición se contrató como cirujano por dos años, con la esperanza de ganar lo suficiente para comprar casa y establecerse en compañía de su mujer a la que echaba mucho de menos, al punto que no había día en el que no pensara en ella.

Había llegado el momento de reparar la Trinidad. Cavaron una trinchera en la arena de la playa, acostaron la nao sobre el surco y vaciaron las sobrecargadas bodegas para poder reparar el casco. Durante la espera quiso desembarcar el cirujano Morales, pues su curiosidad le inducía a conocer las plantas y cultivos de aquellas remotas y extrañas islas. En particular le interesaban las cualidades del exclusivo árbol del clavo. El clavo es la flor del árbol del mismo nombre que florece dos veces al año. Se recoge verde y fresco y se deja secar al sol hasta que toma su característico color pardo y las propiedades de la valiosa especia que conocemos y usamos como condimento y aderezo de todo tipo de dulces y viandas. Salió el cirujano al alba de una fresca mañana antes de que rompiera el sopor del día, atravesó los cultivos de frutales, palmas y plátanos que rodeaban el poblado y ascendió por una estrecha senda que serpenteaba por la fragosa ladera de la montaña. Era de ver como los claveros solo crecían en la mitad superior de la isla, donde una espesa bruma los envolvía durante la mayor parte del día antes de despejarse y depositar líquidas perlas de rocío en sus verdes hojas. El límite de la bruma marcaba el del cultivo del árbol del clavo; los habitantes de las islas lo habían intentado en los valles cercanos a la costa, pero sus esfuerzos habían resultado infructuosos a pesar de dedicarles riegos y cuidados que no eran suficientes para hacerlos crecer más que en forma de entecas y raquíticas plantas. Sean cuales fueran sus cualidades, el clavo solo era posible entre las nieblas de las montañas.



Caminó todo la mañana entre selvas y manantiales de agua hirviente que desprendían fumarolas de vapor. En la densa vegetación se movían estridentes loros de variados colores y un prodigio de aves de mediano tamaño, vestidas con penachos de plumas como pinceles de encendidas tonalidades. Tenían su leyenda entre estas gentes que las consideraban animales mágicos y las llamaban en su idioma Manucodiatas, que en el nuestro significa Aves del Paraíso.

Cerca de la cima, cuando se despejó la niebla, llegó a atisbar el inmenso océano que le rodeaba con su sembrado de islas. Por la banda del este se divisaban los tenues contornos de una gran isla que confrontaba con las de los Aromas. La visión del profundo azul de mar y cielo le sorprendió por su radiante belleza y tuvo la verdadera impresión de la pequeñez e insignificancia de la nao, ahora varada en tierra, que se divisaba desde allá arriba como lo que era, una frágil e insegura cáscara de nuez a merced de los inestables elementos.

. Recogió Morales algunos tallos y ramas enteras de claverero y almorzó algo de pan de sagú y vino de palma entretenido con los recuerdos del azaroso viaje que lo había llevado hasta allí. Recordó la partida de Sevilla, el retraso en Sanlúcar de Barrameda antes de engolfarse en el inmenso océano Atlántico, su recalada en la isla de Tenerife, las calmas de Guinea, la llegada a Río de Janeiro en la costa del Brasil, la afanosa búsqueda del paso, el estallido del motín y la dura invernada en el puerto de San Julián en la tierra que llamaron de la Patagonia. Rememoró el descubrimiento del estrecho paso al otro lado hasta llegar a la Mar del Sur llamada así por el desventurado Vasco Núñez de Balboa, el naufragio de la carabela Santiago, la deserción de la nao San Antonio, la travesía agónica por el inacabable océano donde sufrieron el tormento del hambre y la acometida de una extraña enfermedad hasta entonces no conocida y a la que no pudo poner remedio pues escapaba de sus conocimientos, de la que murieron

muchos hombres antes de alcanzar y aprovisionarse en las islas de las Velas Latinas, a las que llegaron muy débiles y necesitados, al borde de la extenuación. Recordó su llegada al Archipiélago de San Lorenzo, el desastre de Mactán en el que pereció el Capitán General Fernando de Magallanes y algunos otros en una escaramuza con los indios de la isla. Recordó con amargura la emboscada y traición de los indios de Zebú, donde dejaron abandonados a su suerte a tantos compañeros, entre otros a sus amigos el astrólogo Andrés de San Martín y el buen clérigo Juan de Valderrama, el abandono de la nao Concepción a la que prendieron fuego por no ser suficientes para gobernar tres naves, el nombramiento de Gonzalo Gómez de Espinosa como Capitán General de la menguada armada y de la Trinidad y el del guipuzcoano Juan Sebastián del Cano como capitán de la Victoria, su vagabundeo por el mar de Joló, su estancia en Borneo, su precipitada escapada, y de nuevo el vagabundeo por los mares e islas desconocidas, arando la mar, hasta su llegada a las deseadas islas de las Especias.

Regresó pensativo, por un lado incrédulo de haber recorrido tanto mar y por otro intranquilo por lo que quedaba aún por recorrer, pero convencido de que esa nao era, a pesar de todo, la única posibilidad de regresar a casa. Anocheció cuando regresó a la nao, pesaroso, triste y harto cansado, en espera de acabar la reparación de la Trinidad y de emprender el infructuoso tornaviaje en busca de la añorada Sevilla a la que, como la mayoría de ellos, nunca habría de regresar.